

ALADI/CR/Acta 724
Sesión Extraordinaria
Y Solemne
(Horas: 11.30 a 12.30)
10 de febrero del 2000

ORDEN DEL DÍA

El Comité de Representantes recibe la visita del Excelentísimo señor Presidente de la República Oriental del Uruguay, doctor Julio María Sanguinetti.

Preside:

GUSTAVO IRUEGAS EVARISTO

Asisten: Noemí Gómez, Gustavo Vivacqua, Julia Adriana Gabriela Pan, Jorge Alberto Ruiz (Argentina); Mario Lea Plaza Torri (Bolivia); José Artur Denot Medeiros, Afonso José Sena Cardoso, Eduardo Paes Sabóia, Marcelo Baumbach (Brasil); Augusto Bermúdez Arancibia, Lilia Rodríguez Pizarro, María Antonieta Jara (Chile); Fabio Emel Pedraza Pérez (Colombia); Miguel Martínez Ramil, Fidel Ortega (Cuba); José Rafael Serrano Herrera, Carlos Santos Repetto (Ecuador); Gustavo Iruegas Evaristo, José Luis Solís, Julio Lampell (México); Gloria Amarilla Acosta (Paraguay); Carlos Higuera Ramos, José Eduardo Chávarri García, Ricardo Benjamín Romero Magni (Perú); Jorge Rodolfo Tálice, Roberto Muínelo, Elizabeth Moretti (Uruguay); Ruben Pacheco, Yaritiza Barbosa (Venezuela); María Eugenia Quesada Fonseca (Costa Rica); Gustavo Fernando Abadía Castellanos (Guatemala); Luis Ramón Ortíz (Honduras); Vasile Macovei (Rumania); Eugeny Astakhov (Rusia).

Comitiva Presidencial: Didier Operti, Ministro de Relaciones Exteriores; Benito Stern, Ministro de Turismo .

Secretario General: Juan Francisco Rojas Penso.

Secretario General Adjunto: Leonardo F. Mejía.

PRESIDENTE. Se abre la sesión.

Nos reunimos hoy en Sesión Extraordinaria y Solemne para recibir al Excelentísimo señor Presidente de la República Oriental del Uruguay, el doctor Julio María Sanguinetti.

Señor Presidente; señor Ministro de Relaciones Exteriores; otras autoridades nacionales presentes; señores invitados especiales; señores Representantes, señor Secretario General; señor Secretario General Adjunto; señores Embajadores; señores Observadores; señoras y señores:

Diffícilmente habría una circunstancia en que se pudiera usar más atinadamente y con mejor propósito esa conocida expresión que usamos los mexicanos para dar la bienvenida a nuestros visitantes y, que en esta ocasión aprovecho para decir a usted, con toda la profundidad de su significado: Señor Presidente, ésta es su casa.

Los aquí presentes tenemos a honra su presencia entre nosotros. No es la primera vez que tenemos el privilegio de su visita y el beneficio de su ilustración. No es de extrañarse de que así sea. Montevideo, sede de tres importantes instancias de la conjunción, es la capital de la integración latinoamericana y usted es uno muy destacado entre sus campeones. Ello nos causa satisfacción y contento.

En ocasión del aniversario número quince de la ALADI nos señalaba usted que "...el esfuerzo de la integración ha sido permanentemente una dialéctica entre una aspiración largamente acariciada y una realidad tenazmente fragmentaria. Y –continúo citando– “Los últimos años nos hacen concebir nuevamente el optimismo en la medida en que los hechos van mostrando el avance de estas realidades: Aquello que fue un sueño se ha ido haciendo ya una realidad; lo que tantas veces sentimos imposible, lo vemos hoy en marcha; en marcha y en cambio.”

Diez años antes, en 1985, nos decía que con el año dos mil a la vista pudiéramos decir que los sueños y anhelos unidad de nuestros libertadores pudiera tener correspondencia con el máximo de nuestra voluntad.

Por su parte, nuestra Secretaría General nos adelanta un análisis de la evolución del proceso de integración en 1999 en el que nos dice que "...aunque la crisis experimentada por la región tuvo efectos directos sobre la dinámica de la integración e hizo surgir dificultades al interior de los acuerdos ya existentes y dificultó la negociación de nuevos acuerdos, no debilitó la voluntad política de avanzar en la integración regional.”

Aunque la voluntad no nos falta y sin duda hay progresos, ya estamos en el año dos mil y la ALADI cumple veinte años, la edad de su predecesora ALALC cuando se reconstituyó. Parecería que la oportunidad induce a la meditación.

En esta ocasión, señor Presidente, nos hemos reunido para saludar a usted en ocasión del exitoso final de su segunda gestión como Presidente de la República Oriental del Uruguay y para hacerle patente nuestro agradecimiento por sus valiosos aportes a la causa de la integración latinoamericana, de la cual le reconocemos como un verdadero militante. Ése es nuestro propósito principal al reunirnos con usted, en solemnidad, esta mañana.

Sin embargo de lo anterior, no puedo dejar de mencionar que también nos mueve el interés de provocar, nuevamente, su reflexión sobre el viejo sueño que esta organización tiene como mandato –nada menos– que realizar.

Para usted y su honorable familia deseamos ventura y prosperidad y para el Uruguay el futuro bonancible y seguro que su pueblo y su Gobierno le han labrado.

Muchas gracias.

-Aplausos.

Tiene ahora la palabra el Embajador Juan Francisco Rojas Penso, Secretario General de la Asociación Latinoamericana de Integración.

SECRETARIO GENERAL. Muchas gracias.

Excelentísimo señor Presidente de la República Oriental del Uruguay; señor Presidente y demás miembros del Comité de Representantes; señor Ministro de Relaciones Exteriores de la República Oriental del Uruguay; miembros de la Comitiva Presidencial; señores Representantes de los países miembros y Organismos Observadores; Honorable Cuerpo Diplomático; señor Secretario General Adjunto y demás funcionarios de la Secretaría General; Invitados Especiales señoras y señores:

Nuevamente nuestra casa se viste de gala para recibir al Primer Mandatario del país sede en fecha cercana a la culminación de su segundo período de ejercicio gubernamental coincidiendo con el inicio de nuestros festejos conmemorativos del Vigésimo Aniversario de la suscripción del Tratado de Montevideo 1980, carta magna de nuestra Asociación, y de los primeros cuarenta años de esfuerzos integracionistas en nuestra región.

Hace cuatro décadas, en esta misma ciudad, comenzaban a cobrar vida las ideas que nos irradiaban desde el centro del pensamiento del desarrollo latinoamericano y que germinaban en un contexto de diversidad política, económica y social que, con el correr de los tiempos, se fue transformando y, de tal forma lo hizo, que hoy nos encontramos con un proceso, todavía en desarrollo, pero que ha sido capaz de superar las recurrentes crisis de distinta naturaleza en que evoluciona Latinoamérica.

Esa permanente convivencia con las crisis, tal vez, ha sido el mejor de los estímulos para atrevernos, no sólo a desafiarlas, sino que, aún más, a revertirlas y usarlas como fuente de inspiración para interpretar y adecuarnos a las nuevas realidades que día tras día hemos debido enfrentar. Fue así como, al séptimo año del inicio del proceso de integración, asistimos, y hoy celebramos, el surgimiento de la subregionalización que a la postre sería el germen del radical cambio conceptual que se reflejó en toda su extensión en el Tratado que desde hace casi veinte años rige nuestro sendero integracionista.

Y es precisamente que, con base en ese mismo Tratado, hoy podemos exhibir un proceso de integración que explica, en gran medida, el diversificado y persistente crecimiento de las interrelaciones entre las sociedades de los doce países que luchan por su desarrollo y su integración en el ámbito de nuestra Asociación. La diversificación de esas interrelaciones es, entonces, la mejor manifestación de la significación política que progresivamente ha ido adquiriendo la integración que llevan a cabo los países miembros de la ALADI.

Dentro de esa concepción, es que cobra mayor relieve la activa participación de los primeros dignatarios de los países quienes, por encima de las vicisitudes coyunturales por las que ha atravesado y atravesará nuestra integración, han impuesto el ritmo y el carácter de irreversibilidad que ha alcanzado el proceso. Testigos hemos sido de los esfuerzos que usted, Señor Presidente, ha empeñado en esa dirección con gran determinación.

Recordamos ahora las palabras que usted pronunciara en ocasión de la sesión inaugural de la Reunión del Consejo Ministros, nuestro órgano máximo, en noviembre de 1998 en esta misma sala, que motivaron la reflexión acerca del papel que desempeña y debe desempeñar nuestra Asociación y que usted caracterizaba entonces como el "...lugar donde la articulación política y jurídica debe seguir produciendo las normas necesarias para que todo esto que se va desarrollando desde las subregiones no se desvertebre, tenga un concepto de unidad y vaya aproximándonos progresivamente...Pero empinados, encima de aquello que ya hemos podido hacer, sabiendo que este instrumento y que esta herramienta es deber nuestro seguir usándola para las nuevas etapas de construcción que se avizoran". Para nosotros, como dirigentes de este órgano técnico, es nuestro deber prepararnos para continuar respondiendo cabalmente a esa demanda a la que usted aludía.

Señor Presidente: Cuando ahora lo homenajemos y despedimos, no podemos menos que agradecer todo el apoyo que tanto usted como su gobierno concedieron, al proceso de integración en todas sus facetas, y recordar, entre muchos otros, sus empeños por lograr un acuerdo cultural entre nuestros países y que ahora tenemos el privilegio de verlo funcionar día tras día.

Señor Presidente: En nombre de la Secretaría General, debo dejar constancia de nuestro agradecimiento por la estrecha cooperación con la que usted y su gobierno nos distinguieron y permítaseme traer a la memoria las palabras que le escuché decir poco tiempo después de mi llegada al Uruguay, cito: "... me voy, pero no les digo adiós...". Nosotros tampoco se lo decimos y aquí, en esta su Casa, lo esperaremos y lo recibiremos como se reciben a los hombres que ya son parte de la historia viviente de nuestra América Latina.

Muchas Gracias.

-Aplausos.

PRESIDENTE. Ofrezco ahora la palabra al señor Presidente Sanguinetti.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY (Julio María Sanguinetti). Señor Presidente del Comité de Representantes; señor Secretario General: señores Representantes:

Agradezco ante todo la amabilidad, la generosidad con la cual ustedes me honran en esta mañana, al fin de nuestro segundo mandato en el ejercicio de la Presidencia de la República Oriental del Uruguay.

Tomo ese gesto como una expresión de amistosa actitud, que valoro, que agradezco, pero a la vez como un reconocimiento de lo que ha sido el esfuerzo permanente del Uruguay en la causa integracionista de América Latina, lo cual no sólo me involucra a mí y a los dos gobiernos que tuve el honor de presidir, sino a toda nuestra República que, más allá de matices y de diferencias políticas ha tenido siempre, en este esfuerzo integracionista, un área de coincidencia casi unánime.

Han citado ustedes muchas de las palabras dichas aquí por mí en ocasiones anteriores; y ellas de algún modo resumen lo que ha sido nuestra convicción sobre el destino de esta Asociación y sobre el nuevo rol que debía cumplir en estos tiempos en que la subregionalidad podía aparecer, en una lectura simplista, como enfrentada o confrontada a lo que era el esfuerzo que representaba la Asociación Latinoamericana de Integración.

Más que nunca hoy, cuando miramos el mundo en la perspectiva actual, debemos reincidir en esa idea y en ese concepto. No es la integración un fenómeno monolítico, unidireccional que transita por un solo sendero. Es un ágora al cual debemos llegar por caminos convergentes. No es éste un fenómeno opuesto a otros esfuerzos de integración.

La revolución científico-tecnológica que hemos vivido en las últimas tres décadas nos ha puesto delante del llamado fenómeno de la globalización: particular, característico, que comparte con otros fenómenos de globalización de la historia alguna de sus peculiaridades, pero que, sin embargo se distingue de otros por caracteres distintos.

Los fenómenos de globalización anteriores, el de hace quinientos años, el Renacimiento - que le dio también revelación a nuestro continente americano como parte de ese fenómeno de globalización en la búsqueda de los caminos universales del comercio-, más tarde el proyecto de globalización que emana de la revolución industrial británica y que expande el fenómeno industrial y la producción en serie por el mundo, generan, indudablemente, momentos históricos en los cuales la sustancia de eso que hoy llamamos globalización es la internacionalización. Es decir, la irrupción de fenómenos que más allá de las fronteras nacionales devienen como procesos comunes. Eso es básicamente una globalización.

La actual tiene con las anteriores la diferencia notable de que no emana del proyecto político de ningún Estado. Así como la gran globalización de fines del Siglo XV y comienzos del XIV fue un proyecto concebido desde España y desde Portugal para la búsqueda de los caminos del comercio entre Occidente y Oriente. Fueron proyectos nacionales.

Lo que fue la expansión industrialista británica, bajo el reinado de Victoria, sin duda fue también un proyecto que estuvo dirigido desde un Estado. Desde Europa fue proyectado, planificado y dirigido hacia el mundo sobre la base de una asociación muy particular, que se dio en aquel momento, entre lo que era la armada inglesa -la mayor expresión de poderío militar de la época-, la diplomacia inglesa también entonces predominante y la industria británica que comenzaba ese fuerte proceso que también se había iniciado como un fenómeno tecnológico y como un fenómeno científico.

Todo siempre ha partido de allí: de los cambios científicos y tecnológicos. Y luego, en su tradición política.

Esta globalización, en cambio, no emana de ningún estado ni como un proyecto nacional. Es un fenómeno que emerge más allá de la vida política. Yo diría que incluso hasta oscurecido por la vida política ya que las últimas estribaciones de lo que fue la guerra fría -a la cual le podemos poner un punto final simbólico con la caída del muro de Berlín en el 89- escondía de algún modo este proceso que iba ocurriendo, a partir de lo cual se nos reveló.

O sea que, superada aquella dicotomía política que parecía sumergirlo todo, nos queda al desnudo que estábamos en un mundo diferente: en que la computadora, el satélite, el microchips, la biogenética habían cambiado las características de los modos de producir, de los modos de comerciar y aún, prácticamente, de los modos de vivir o de convivir de los humanos.

Y ese fenómeno irrumpe más allá de fronteras, irrumpe más allá de naciones, y más allá del proyecto político de ningún Estado.

Los Estados Unidos aparecen, sin duda, como la gran potencia militar, hegemónica, la que tiene la única capacidad de decisión o de arbitraje militar; lo demostró en los últimos episodios de Yugoslavia. Sin embargo, Europa muestra un poderío o una dimensión análoga y una capacidad de investigación científica por lo menos comparable. En el otro extremo el Japón sigue mostrando su dinámica y emerge China como una nueva gran potencia de equilibrio.

Y toda esta globalización ¿de dónde parte?. Parte de los laboratorios, parte de las empresas, parte de las universidades, parte a veces de los Estados pero no se asume, en definitiva, como un proyecto que alguien dibujó, como un proyecto de expansión particular. Tanto es así que el propio estado norteamericano hoy litiga con su principal empresario porque siente que es una amenaza su expansión. Y ese episodio aparentemente trivial, testimonial de que no es esto un proyecto que haya emanado de una sola cabeza y de un solo estado, sino que, por el contrario, fue un resultado de una revolución científica que se proyectó luego en empresas, laboratorios, organizaciones, fuerzas que generaron procesos que sorprendieron al propio estado. Y hoy todos los Estados viven esta perplejidad entre convivir con sus legislaciones y estos nuevos episodios que les cambia el horizonte en prácticamente todos los terrenos.

Esta globalización ¿deja entonces sin efecto, clausura el estado nacional como han dicho algunos?. Hay mucha literatura sobre esto; hay libros incluso muy conocidos: uno del japonés Kenicbe Ohmae que precisamente se titula "El fin del Estado-nación". Hay toda una abundante literatura sobre esto. Me parece que son conclusiones apresuradas y no creo que sea así. Los movimientos del mundo muestran que hay acciones y reacciones. Y algunas desgraciadamente hasta atávicas e irracionales. Bastan las reacciones racistas como son la supervivencia de expresiones que creíamos superadas. Y lo vemos a veces en el mero terreno étnico como hace pocos días leímos con relación a España en que en una zona de ese país hubo un choque étnico muy violento entre españoles de origen ibérico y españoles de origen musulmán o inmigrantes musulmanes, allí ocurridos, expresión de lo que es la supervivencia de esos prejuicios o como vemos en el mundo político cuando aparecen partidos neo-nazis, por ejemplo, en el mundo que representan de algún modo la reaparición de ideas, prejuicios que creíamos definitivamente superados.

Eso mismo ¿qué nos está diciendo?. Que en el espacio del estado nación ocurren a veces todavía esas corrientes ocultas.

Pero lo más importante es esto: es que este mundo de globalización requiere de una arquitectura, y la arquitectura no la van a hacer sino los Estados nacionales. No nos imaginemos que la organización internacional por sí misma va a construir su propio espacio. Son los Estados nacionales o los Estados en general, para no seguir con esa expresión un poco equívoca de Estados nacionales que han acuñado en el derecho público francés y después todos repetimos y no es tanto así porque hay bastante Estados multinacionales o por lo menos multiétnicos que llevan a la confusión. El Estado en definitiva va a ser el vertebrador de los procesos de globalización y de los procesos de regionalización que tampoco desaparecen.

Creo, incluso, que la universalidad del mercado cada día fortalece al rol del Estado. Adam Smith, el fundador del pensamiento liberal económico, que no lo funda desde la economía sino de la moral, nos prevenía ya de ello en su célebre tratado sobre “La riqueza de las naciones”. Y en definitiva nos advertía de que siendo cada empresario no un fanático de la competencia sino un monopolista en potencia, era sólo el estado el que podía asegurar la regla de la competencia. De dicho modo el libre mercado nunca va a estar en manos del mercado mismo sino que el libre mercado sólo lo podrá asegurar el Estado. Y aunque más no sea ese rol regulador, nos está demostrando hasta qué punto el Estado nacional hoy reasume funciones nuevas en la seguridad del propio mercado. Los propios países que han hecho procesos de privatización muy profundos entregando servicios públicos que históricamente habían estado en poder del público, hoy esos Estados tienen que recobrar el inmenso poder de regular ahora esas actividades que siendo públicas por naturaleza son privadas por propiedad y como consecuencia, reguladas necesariamente por el que representa el bien colectivo y la aspiración de organización de la sociedad que es el Estado. Lo que pasa que es otro Estado; ya no es el Estado productor, pero es el Estado regulador. Sin él, tampoco hay mercado libre. Yo diría que con un estado débil seguramente no habrá mercado libre sino habrá mercado monopolizado u oligopolizado.

Entonces, nos encontramos con un Estado que hoy cambia, revigoriza sus funciones pero que tiene la necesidad de tener una fuerte presencia. Ese Estado es el que tiene que ir haciendo la reconstrucción de estas nuevas instituciones para este nuevo tiempo. Y eso pasa por instituciones regionales indiscutibles: la experiencia andina, la experiencia centroamericana, la experiencia del MERCOSUR. Todas, yo diría, experiencias irreversibles. Y no como cotos cerrados, sino como fenómenos de integración que convergen con los otros. A partir de allí las relaciones con las diversas regiones y Estados nacionales: la integración latinoamericana que pasa a ser otra fuerza que se suma a la anterior.

A partir de allí las relaciones de Latinoamérica toda con el hemisferio norte: de allí la aspiración del ALCA, proyecto en el cual todos nos encontramos envueltos y al cual aspiramos a contribuir. A partir de allí la Organización Mundial del Comercio como propósito y proyecto político de una liberalización comercial general que nos vaya uniendo. Son proyectos convergentes; no necesariamente idénticos. Cuando uno habla del ALCA habla de una liberalización comercial. Cuando hablamos del MERCOSUR hablamos de un proceso de integración político, cultural, mucho más profundo variado y complejo, pero en definitiva líneas convergentes que apuntan hacia un mundo en el cual el comercio pueda ser más libre, más transparente y, como consecuencia, más equitativo; hacia un mundo en el cual podamos edificar las bases de un clima de entendimiento y paz mucho más profundamente concebidos y afirmados que hoy, un mundo en el cual a su vez la vigencia de los Derechos Humanos no sea simplemente una expresión de las Cartas, sino una realidad socialmente vivida por el universo todo; un mundo en el cual podamos hacer que esa revolución científica y tecnológica sea un instrumento al servicio del bienestar de la Humanidad y no, como el aprendiz de brujo, una fuerza que cobra vigor propio y que luego termina esclavizándonos con su atracción; en una palabra, el famoso debate filosófico sobre la moralidad de la ciencia. Es decir, el desafuero de fuerzas que somos los humanos con nuestros valores, con nuestros principios y con nuestras normas que tenemos que regular, conducir, fijar en sus límites y ponerlas así al servicio de la Humanidad de la cual han emanado y a la cual tienen que servir.

En este panorama que puede parecer tan vago en su universalidad, sin embargo vemos claramente ubicado nuestro rol: el rol del Estado como organizador de las sociedades; el rol de los procesos subregionales, como el vertebrador inicial; el rol de los procesos continentales, como éste, para a su vez vertebrar no sólo de Estados sino de la sociedad y, sobre todo, afirmar algo que más que nunca es fundamental hoy, que son las identidades culturales.

Así como Latinoamérica se enriquece con lo que son los aportes de las culturas afro-americana o de la cultura indo-americana, o de la cultura euro-americana y se enriquece en esa diversidad, también tiene una homogeneidad que nos ha caracterizado. Y ella, en un mundo más que global, es la que nos tiene que seguir convocando, es la que nos tiene que seguir desafiando, es la que nos tiene que seguir provocando para que, además de ciudadanos del mundo, sigamos siendo ciudadanos de nuestra América, ciudadanos de nuestra Latinoamérica: buenos ciudadanos de nuestras naciones.

Muchas gracias a todos.

- Aplausos.

PRESIDENTE . Muchas gracias, señor Presidente Sanguinetti.

Recibimos con interés su mensaje, el cual valoramos especialmente como una nueva aportación a la comprensión de nuestra tarea.

Muchas gracias.

Quisiéramos ahora, ofrecer a usted un modesto presente que sirva como recuerdo de la ocasión en que tuvimos el honor de su presencia.

-El señor Presidente del Comité de Representantes, Embajador Gustavo Iruegas Evaristo, hace entrega de una bandeja recordatoria al Excelentísimo señor Presidente de la República Oriental del Uruguay, doctor Julio María Sanguinetti.

-Aplausos.

... Invitamos a los presentes a observar un interesante obsequio que el señor Presidente hace a nuestra Asociación.

Muchas gracias por su presencia.

Se levanta la sesión.
